

Réquiem por un sueño: ¿réquiem del cuerpo?

POR: ÁLVARO DANIEL REYES GÓMEZ

¿ EL CUERPO ?

¿ El cuerpo ?

El cuerpo es un ídolo rancio

al que ofrendamos flores por costumbre.

Mil billones de fotografías

le tomaron durante este siglo

y lo han dejado exhausto.

El pobre cuerpo no resiste una prenda más,

un desnudo más, una pose más.

Habría que embalsamarlo,

encerrarlo en un sarcófago

y preservarlo un milenio de toda mirada

mientras recupera su alma.

John Galán Casanova

Buscar caracterizar una época es la pretensión de diversos autores, incluidos varios cineastas. En algunas películas el anhelo de transformar denunciando no está dentro de sus intereses explícitos, como tampoco está el proponer fórmulas ni mucho menos salidas. En ese sentido, y en una especie de sordera a los encantos imaginarios en aras de convertirlos en escritura, se hallan puntos de coincidencia con el psicoanálisis. La película *Réquiem por un sueño* de Aranovsky, basada en una novela de Hubert Selby Jr., se ubica dentro de esas propuestas al mostrar la

trágica búsqueda del objeto en el escenario contemporáneo construido a partir del matrimonio entre científicismo y mercado.

Es conocida la manera como ese “bien h-abido” matrimonio entre ciencia y mercadeo lleva a que los productos científicos sean colocados en el mercado para un sujeto también ávido por cuenta de su dependencia del deseo. Esta especie de “hijos del capitalismo” buscan ser homogenizados por medio de un goce vislumbrado tras cada nuevo producto al cual se dirigen sin pasar por el otro, constituyéndose en los “proletarios” de los que Lacan hablaba como síntomas del capitalismo, es decir, síntomas de un sistema que se caracteriza por presentar un lazo social que se desmorona poco a poco. Sin embargo, al tomar en cuenta el deseo, el capitalismo consigue relanzarlo permanentemente bajo la promesa de una distribución equitativa y de un nuevo producto al que se le exige mayor sorpresa, velocidad y efectividad.

Los apellidos de los tres personajes centrales del *film* parecen indicar lo mencionado. Goldfarb, Silver y Love: el oro, la plata y el amor dicen de la sujeción y la filiación contemporánea; seguramente tampoco es banal ni caprichoso que los otros personajes no tengan apellidos. Del destello, la fugacidad, la velocidad, el aceleramiento, la atemporalidad y, en general, el encantamiento de esos objetos sólo queda su brillante ausencia. Esa felicidad posible que anticipa el Amo moderno bajo diversos rostros es un ocultamiento de la verdad del sujeto y de la castración del amo;

esos rostros cercanos a semblantes aparecen articulados en una frase bien cara a nuestros días: “todo se puede y vale”.

Bajo la égida de esta lógica aparecen los adictos y toxicómanos, frente a los cuales hay que preguntarse por el desacomodamiento que acasionan a un Amo moderno que violentamente los impulsa a entrar al sitio de donde los ha sacado. La respuesta de Marie-Jean Sauret en su conferencia *¿La muerte de la psicología?* es diciente: “el toxicómano es el paradigma del individuo: el sujeto que se completa con su goce. Él se da cuenta que está perdido para el lazo social... La toxicomanía interpreta al capitalismo, mostrando lo que resulta cuando se cree que el goce se puede amaestrar o acomodarse a él”¹.

Es importante señalar también, como lo hace Melman, que si se trata de hablar de adicción, adictos somos todos en la medida en que, como sujetos del inconsciente, tenemos una vital dependencia con el objeto; el enorme éxito de las drogas tiene que ver, entonces, con el hecho de que frente al dolor de existir y ante el fracaso del apoderamiento feliz del objeto ellas tienen el poder de crear “un atajo en el camino aleatorio del discurso, para, con un *flash* químico, provocar una excitación o un orgasmo mejor logrado y reproducible a voluntad...”, el precio de esta libertad es la adicción a un objeto “puro real”, cuya fisiología y ritmo vuelven su presencia nuevamente aleatoria”².

Relacionado con lo anterior, encontramos que para hombres y mujeres se desata hoy, de manera singularmente distinta de otras épocas, una enorme preocupación e intranquilidad con relación a la castración, que se traduce, entre otras cosas, en una exagerada inquietud con respecto a los defectos y características físicas cuando se es atrapado por la mirada implacable de ese Otro de la estética contemporánea. Sara

Goldfarb, uno de los personajes centrales de la película, parece lograr soportar la soledad, el escaso reconocimiento y los robos de su hijo; pero cuando el ojo televisivo la captura se lanza desesperadamente a buscar complacer la imaginaria perfección de formas acudiendo a dietas y tinturas capilares que dan cuenta de la represión existente sobre ciertas manifestaciones del cuerpo en nuestra formación cultural actual. Ese intento evidencia, primero, el afán del hombre de nuestros días por impedir que los apetitos y las molestias se manifiesten y, segundo, la premura por acallarlas. El bienestar, la salud y el deseo de ser bien visto son anhelados ideales de esos hombres y mujeres, e implican no sentir el cuerpo. Sin embargo, una barriga vaciada de palabra suele tener la mala costumbre de retornar como rugiente nevera apetitosa llena de sonidos de boca de estómago, o asaltar con significantes suculentos los sueños del durmiente, como se muestra en la película.

Ante esta protesta corporal una oferta médica, apoyada en una ética de mercado, acude bajo la promesa feliz de poder superar los malestares humanos asegurando la satisfacción e incitando al hombre a no abandonar sus apetitos si a cambio toma sus medicamentos. Pero pronto reaparece el insatisfecho sujeto con lo consumido, instaurado en un delirio apoyado en la lógica de los medios que se asientan, a su vez, en la de nuestras instituciones, pareciera indicarnos que quizás no es sólo la represión del cuerpo lo predominante hoy, sino que se asiste a una exclusión del orden de la forclusión.

Ese repudio de la castración es el que posiblemente llevó a Lacan a señalar la existencia de una “psicosis social” –con lo sugestivamente equívoco de ese significant– que pareciera ser consistente con su insistencia en el eclipse paterno o en su inexistencia; así, queda desbrozado el camino del “todo es posible y vale”. Si lo antes mencionado tiene asidero, valdría la pena preguntarse ya no únicamente por la represión neurótica expresada en un malestar, sino que habría que continuar señalando eso que hay “más allá del malestar”: ¿acaso el “especialista”? –como reza



¹ MARIE-JEAN SAURET, *¿La muerte de la psicología?*, en *Revista Trazos*, núm. 1, enero de 1997, pág. 89.

² CHARLES MELMAN, *El complejo de Colón y otros textos*, Bogotá, Cuarto de vuelta, 2002, pág. 182.

una de nuestras pautas televisivas—. Este tránsito, según el cual hay un descentramiento explicativo desde lo neurótico a lo psicótico, es el mismo camino seguido por el propio psicoanálisis y es el sendero al cual se ven abocados quienes buscan pensar desde allí.

Cuando Marie-Jean Sauret describe al capitalismo, expone una de sus consecuencias que es pertinente frente al asunto que nos ocupa, ella recuerda que:

Es difícil no mencionar lo que Lacan predijo hace cerca de 30 años: la oferta del mismo cuerpo bajo el mercado, por ejemplo, el comercio de niños vivos no solo para la adopción sino también para el injerto de órganos, el tráfico de órganos, la utilización racional del cuerpo de los condenados a muerte en China, las madres portadoras y algunas veces el comercio ligado a la reproducción. Sin hablar de todo aquello que gira alrededor de los problemas de la reproducción artificial, y en Francia las cuestiones ligadas a la explotación, por los centros de transfusión sanguínea, de la sangre contaminada por el virus del SIDA o de la hepatitis B... el capitalismo y la ciencia tienen una tendencia de identificar el individuo a su cuerpo. Hay que preocuparse por la manera como el lazo social contemporáneo busca tratarnos³.

Existe en *Réquiem por un sueño* una exaltación del objeto que es característica también de la época, en la medida en que la felicidad, como nos lo enseña Freud, es asunto justamente del objeto. Por ello se le “precia”, se le eleva a una categoría de magnífico y/o de grandioso. El sujeto, por su parte, no puede ser feliz al enfrentar la castración que implica quedar “enredado” en y por el lenguaje. Pero a tal sujeto le queda un recurso nada despreciable para afrontar estas imposibilidades y los sufrimientos que trae en ocasiones lo cotidiano: tal recurso es el humor, especie de rebelde ingenioso que no se resigna y que es capaz de responder a la castración real del lenguaje y a la castración simbólica del padre burlándose con gracia de los sinsabores que lo afectan a él o a los otros. En esa medida el chiste y lo humorístico son acontecimientos sociales que están más del lado del placer con el otro y en el Otro, además de que buscan hacer lazo. En cambio, las tristes alegrías sin motivo aparecen bien representadas en la película como resultado de las drogas; articuladas al goce del Otro, las tristes alegrías y la risa (producto de poner a gozar al semejante disfrutándolo) dan cuenta de la mueca dolorosa que producen los rostros de esa vendida felicidad 

³ MARIE-JEAN SAURET, en *op. cit.*, pág. 90.